

Respuestas a mis comentadores

R. J. Fogelin

RESPUESTA A LOS COMENTARIOS DE JAY ROSENBERG

Comenzaré respondiendo a los comentarios de Jay Rosenberg, puesto que los suyos parecen ser los que más simpatizan con las afirmaciones centrales que hago tanto en mi artículo que aparece en este volumen, como en *Pyrrhonian Reflections on Knowledge and Justification* [Fogelin (1994)]. Desde luego, no las suscribe todas, pero estoy inclinado a pensar que sus críticas, aunque usualmente son del todo correctas, pueden considerarse, con algunas excepciones, como sugerencias para “rectificaciones amistosas” a la posición que he desarrollado.

Rosenberg empieza diciendo que su “tesis principal —por lo que respecta a los puntos de vista epistemológicos de Lewis y Fogelin— es que sus similitudes son quizás más sorprendentes y más importantes que sus diferencias” [Rosenberg (2000), p. 71]. Pienso que esto (quizás) exagera el asunto, pero Rosenberg tiene ciertamente razón al mantener que existe un cierto número de similitudes fundamentales entre las posiciones que hemos desarrollado Lewis y yo mismo. Ambos mantenemos que la epistemología, cuando se desarrolla de la manera tradicional e irrestricta, tiende a cortarles el paso a las afirmaciones de conocimiento más bien que a vindicarlas. Lewis y yo estamos de acuerdo también sobre el mecanismo que fomenta esas tendencias destructivas: la epistemología, tal como se practica tradicionalmente, llama nuestra atención sobre un rango de posibles abrogadores remotos que, al hacer epistemología, no podemos ignorar ni eliminar. Sin embargo, nuestras posiciones difieren a la hora de dar cuenta del mecanismo que llama a capítulo a los posibles abrogadores remotos. Para simplificar un poco: Lewis invoca la semejanza para explicarlo; por mi parte, yo introduzco la noción de elevación de los niveles de escrutinio para hacerlo. En mi ensayo, presento razones para preferir mi explicación a la de Lewis, pero puesto que Rosenberg parece expresar alguna preferencia por mi explicación sobre la de Lewis, no insistiré sobre este asunto. Me concentraré en cambio en un cierto número de los sagaces comentarios que Rosenberg hace sobre mi posición, e intentaré formular algunas respuestas a ellos.

Empezaré citando *in extenso* lo que me parece que es su observación más desafiante:

Quiero sugerir [...] que el mecanismo mediante el que un nivel de escrutinio elevado lleva a una valoración epistémica negativa puede de hecho, y debe, separarse de la cláusula de los “fundamentos adecuados” que aparece en el análisis de Fogelin de “*S* sabe que *p*” [...]. Fogelin razona de la manera siguiente: dada nuestra información adicional, reconocemos que los fundamentos de *S* para creer que *p* no son suficientes para establecer la verdad de *p*. Puesto que (de acuerdo con su análisis) la cláusula de los “fundamentos adecuados” especifica una condición necesaria para la verdad de “*S* sabe que *p*”, se sigue directamente que “*S* sabe que *p*” es falso [Rosenberg (2000), p. 76].

Esto, tengo que confesarlo, representa el modo en el que parece que argumento en el artículo, y también en Fogelin (1994) (Rosenberg aduce algunas citas). Como respuesta a esta manera de razonar, Rosenberg observa:

Lo que sorprende en esta línea de razonamiento es que no hace ningún uso efectivo de la noción de elevación del nivel de escrutinio. Esto no es un accidente. Después de todo, los “niveles de escrutinio” no tratan de la verdad objetiva sino de la regulación de la conducta epistémica responsable [Rosenberg (2000), p. 76].

Rosenberg tiene simplemente razón en este punto. No sólo tiene razón; éste es un punto en el que tenía que haber insistido en lugar de escribir algunas veces de maneras que parecen ir en su contra. ¡Desde luego, los niveles de escrutinio gobiernan lo que cuenta como ser epistémicamente responsable, no la cláusula de los fundamentos adecuados! El escéptico cartesiano intenta abrirse camino entre nosotros por medio de la elevación de lo que cuenta como ser epistémicamente responsable. Yo no digo esto de forma efectiva en mi ensayo, pero en Fogelin (1994) digo algo equivalente:

[La explicación de las afirmaciones de conocimiento que acabo de ofrecer] no genera problemas escépticos porque tales problemas dependan del hecho de privilegiar niveles de escrutinio irrestrictos —una posición completamente independiente del análisis que he presentado— [Fogelin (1994), p. 100].

Estas reflexiones llevan de manera natural a la consideración de un lugar en el que Rosenberg está sencillamente en desacuerdo con una de mis afirmaciones más queridas. Hacia el final de su artículo observa:

[...] tengo un asunto más importante al que prestar atención, a saber: la posición de Fogelin de que el nivel de escrutinio puede elevarse por reflexión sola. Para decirlo de manera comprimida, no lo creo [Rosenberg (2000), pp. 77-8].

Mi respuesta a esto es muy simple. No me duelen prendas en reconocer que ha habido un conjunto de filósofos importantes (Moore, Austin, Quine, Rosenberg) que no pueden recorrer el camino hacia el escepticismo radical

usando otro vehículo que no sea un sillón. Tales filósofos son conservadores, quizás benditamente, respecto de los niveles de escrutinio y tienen aversión a elevarlos sin una buena razón. Otros filósofos —uno está inclinado a decir que la mayor parte de ellos— tienen otra opinión. Es simplemente un hecho el que toman en serio los escenarios escépticos. Cuando hacen epistemología, tales dudas escépticas ejercen cierta fuerza sobre ellos y considerarían irresponsable no tomarlas en serio. A diferencia del escéptico cartesiano, el escéptico pirrónico no está interesado en continuar por ese camino, porque el escéptico pirrónico no está interesado en establecer valoraciones epistémicas negativas fuertes. Yo tampoco lo estoy.

RESPUESTA A LOS COMENTARIOS DE LUIS M. VALDÉS

La respuesta del profesor Luis Valdés es importante por, al menos, tres razones:

- I. Parece mostrar que mi posición tiene consecuencias contraintuitivas.
- II. Contiene la exigencia razonable de que enuncie más claramente los modos en los que mi posición es contextualista y los modos en que no lo es.
- III. Al final de su artículo presenta un modo alternativo de presentar mis ideas básicas que tiene el considerable mérito de proporcionar un modo de tratar con los problemas del contextualismo que ha planteado.

I. La supuesta dificultad de mi análisis de las afirmaciones epistémicas que Valdés presenta es similar, en alguna medida, a los desafíos que se deben a Fred Michaels y Storrs McCall discutidos en Fogelin (1994), pp. 97-98. McCall sugería que, de acuerdo con mi explicación, si *S* sabe algo depende de quién está haciendo la valoración epistémica, esto es: desde la perspectiva de *A*, *S* puede saber que *p*, pero esto puede no ser cierto desde la de *B*. Michaels subraya esto al presentar un ejemplo en el que, aparentemente, un aprendiz puede conocer algo que un experto no puede conocer. En el ejemplo de Michaels un mecánico de coches tiene información de la que un aprendiz carece, a saber: que una determinada manera de probar los frenos, aunque sea razonablemente fiable, no funciona algunas veces. El ejemplo de las setas que da Valdés parece semejante al de Michaels pero difiere en que, como él dice, él y su amigo “no están poniendo sobre la mesa ningún hecho nuevo que ha de ser tomado en cuenta”. En su ejemplo, el nivel de escrutinio se eleva simplemente por lo puntilloso que resulta ser su amigo, algo que, aparentemente, también le afecta a él. ¿Hemos de decir entonces que el campesino —alguien que no es tan puntilloso— no sabe realmente que las setas son comestibles? Si respondemos afirmativamente a esta pregunta, como mi análisis parece exigir, ¿no nos comprometemos con algo realmente extraño?

Ante todo tengo que decir que es una parte explícita de mi posición el que no siempre se necesitan hechos nuevos para elevar los estándares de escrutinio; se pueden elevar también por cosas tales como ser puntilloso. En mi artículo, haciéndome eco de Fogelin (1994), señalo: “Cuando el precio de estar equivocado es alto, podemos ser extremadamente cuidadosos a la hora de eliminar posibles abrogadores...” [Fogelin (2000), p. 61]. El amigo puntilloso de Valdés es precisamente aquel que llama la atención sobre el precio que hay que pagar por estar equivocado —y de manera completamente razonable, pues el identificar las setas correctamente es un asunto de vida o muerte—. ¿Hemos de decir ahora que el campesino no sabía realmente si las setas eran comestibles? Esto es precisamente lo que diremos pues, siguiendo las instrucciones de Valdés, hemos adoptado un punto de vista puntilloso.

II. La dificultad de esta respuesta al ejemplo de las setas que Valdés da es que parece comprometerme fuertemente con el contextualismo, cuando de hecho yo me he presentado abiertamente como siendo no contextualista. Una manera de tratar con este asunto es decir que, de acuerdo con mi explicación, aunque los niveles de escrutinio están ligados a un contexto, las afirmaciones de conocimiento no lo están. Desgraciadamente, esto parece simple y llanamente incoherente. De acuerdo con mi punto de vista, las afirmaciones epistémicas contienen dos componentes: un componente que tiene que ver con los fundamentos adecuados y otro que tiene que ver con la realización epistémica responsable. Pero, como insisto repetidamente, aquello que cuenta como realización responsable cambiará de contexto a contexto, de modo que las afirmaciones epistémicas, dado que tienen un componente ligado al contexto tienen que estar también, tomadas como un todo, ligadas al contexto. Por consiguiente, se requiere una clarificación.

Pienso que la discusión de Fogelin (1944), pp. 95-8 muestra lo que tenía en la cabeza cuando negaba que la verdad de una afirmación epistémica está ligada a un contexto, aunque podría haberlo subrayado de una manera más enérgica. Dicho de una manera simple: niego que las afirmaciones de conocimiento estén *indexadas* a contextos particulares. Para citar lo que creo que es un caso paralelo: a menos que estemos corrompidos por algún tipo de mala instrucción filosófica, no decimos que la misma proposición puede ser verdadera para una persona y no verdadera para otra. Por ejemplo, es incoherente decir que es verdadero para el campesino que las setas eran comestibles, pero no verdadero para Valdés y su puntilloso amigo —a no ser que consideremos que la expresión “verdadero para” es un modo de referirse a las creencias de una persona. De modo similar, resulta incoherente aseverar que el campesino sabía que las setas eran comestibles de manera relativa a su contexto ordinario, pero que no lo sabía de manera relativa al contexto puntilloso ocupado por Valdés y su amigo. Los juicios epistémicos se hacen siempre dentro de un contexto epistémico, pero no son *sobre* tales contextos.

Además, y esto es un punto crucial, el nivel de escrutinio está determinado por la persona que hace la valoración epistémica y no por la persona sujeta a la valoración. Si *A* dice que *S* sabe (o no sabe) que *p*, el nivel de escrutinio viene fijado por el contexto de *A*, no por el de *S*.

Estas últimas observaciones pueden dar lugar a una objeción más profunda: de acuerdo con mi análisis, parece que no hay modo de establecer categóricamente si alguien (digamos el campesino del que habla Valdés) sabe algo o no. Si esto se presenta como una objeción, entonces simplemente no tiene nada que ver con mis propósitos. Aunque he señalado cómo varios elementos normativos entran en las valoraciones epistémicas, no estoy interesado en establecer estándares para tales valoraciones. Mi meta es entender cómo funcionan las valoraciones epistémicas para arrojar luz sobre dos cosas: por qué surgen los problemas de tipo Gettier y por qué la epistemología, juzgada por sus propios estándares, no logra nunca cumplir sus propias metas. No estoy interesado en defender afirmaciones epistémicas negativas fuertes. Dado esto, puedo ser más un patólogo que un escéptico pero, tal como yo los interpreto, los pirrónicos eran también patólogos.

III. Creo que la parte más interesante de la respuesta de Valdés aparece en su párrafo final donde sugiere una manera alternativa a mi modo de formular mi posición que evita lo que él considera que es mi vacilación (o falta de claridad) por lo que respecta al contextualismo. Como él dice, “creo que debe reconocerse que existe algún tipo de tensión entre su análisis de ‘*S* sabe que *p*’ más el carácter dependiente del contexto de los procedimientos de justificación y su rechazo de cualquier tipo de contextualismo” [Valdés (2000), p. 93]. De hecho, como he intentado explicar, no pienso que mi posición involucre el “rechazo de cualquier tipo de contextualismo”. Pero, incluso así, las sugerencias de Valdés para reformular mi posición tienen un interés considerable.

Valdés sugiere que adoptemos la distinción de David Kaplan entre contenido y carácter y la apliquemos al problema presente del modo que se expone a continuación. El carácter de la afirmación de que *S* sabe que *p*, esto es: lo que permanece constante a través del cambio contextual, viene dado por mi cláusula concerniente a los fundamentos adecuados. El contenido, esto es: aquello que cambia de contexto a contexto, es la cláusula de la realización, pues está gobernada por los niveles de escrutinio cambiantes. Dado esto Valdés nos dice:

No hay misterio alguno en mantener que ambas oraciones de atribución (“*A* sabe que esta clase particular de setas no es venenosa” y “*A* no sabe que esta clase particular de setas no es veneosa”) son ambas verdaderas, puesto que tienen condiciones de verdad diferentes. No habría más misterio sobre el modo en que las condiciones de verdad de esta oración de atribución varían

de acuerdo con la situación que la que hay sobre el modo en que las condiciones de verdad de “Estoy comiendo ahora” o “Esto es un libro” sufren variaciones de acuerdo con el contexto [Valdés (2000), p. 94].

Puesto que la distinción de Kaplan entre carácter y contenido ha demostrado ser muy útil en el tratamiento de los índicecos estándar, no es sorprendente ver que se usa en el desarrollo de una explicación contextualista de las afirmaciones epistémicas, aunque no sé de nadie que haya hecho esto antes de Valdés. Mi dificultad básica con esta sugerencia es que que no creo que cuadre con lo que Valdés llama “nuestras intuiciones ordinarias sobre las atribuciones de conocimiento” [Valdés (2000), p. 94]. No creo que Valdés y su puntilloso amigo —una vez que hayan decidido que el campesino no sabía que las setas eran comestibles— concuerden alegremente en que, aun en su propio contexto menos puntilloso, el campesino sabía de hecho esto. Lo máximo que puede decirse es que el campesino *pensaba* que sabía que eran comestibles. Pienso que, en este punto, mis intuiciones son inalterables.

Supóngase, sin embargo, que Valdés tiene razón en su análisis índiceco de las evaluaciones epistémicas. ¿Representaría esto mucha diferencia? Bien, ciertamente esto exigiría que yo volviese a escribir un gran número de cosas. Sin embargo, no pienso que las ideas centrales de Fogelin (1994) estuviesen en peligro. Aunque la historia se ensamblase de modo diferente, los elementos básicos aún estarían en su lugar; primero, que las evaluaciones incluyen dos géneros de valoración: una valoración de los fundamentos y una valoración de la responsabilidad epistémica; en segundo lugar, que tales valoraciones están gobernadas por niveles de escrutinio cambiantes. Éste es el aparato que se necesita para dar lo que creo que es el diagnóstico correcto de los problemas de Gettier y, además, para explicar por qué el conocimiento parece evaporarse bajo la mirada sostenida del epistemólogo. Si esto es correcto, entonces no estoy sometido a ninguna presión significativa para mostrar que mi análisis es superior a la alternativa índiceca de Valdés —aunque continúo pensando que sí lo es—.

RESPUESTA A LOS COMENTARIOS DE ENRIQUE VILLANUEVA

Con una pequeña excepción, pienso que el profesor Villanueva ha captado de manera absolutamente correcta los rasgos básicos de mi posición; por lo tanto sus críticas son afiladas y se les ha de hacer frente de manera directa. Antes de enfrentarme con los problemas más extensos, vamos a dejar fuera de combate esta excepción.

Al principio de sus comentarios Villanueva describe las situaciones de Gettier de esta manera: en una situación de tipo Gettier *S* afirma que sabe que *p*, pero a nosotros se nos hace partícipes a título privado de “una información

adicional de la que carece *S*, y con ello introduce otro nivel de escrutinio en el cual se pone de manifiesto que *S* se ha comportado de manera irresponsable desde el punto de vista epistémico” [Villanueva (2000), p. 98]. Esta no es mi posición. La esencia de una situación de tipo Gettier es que *S* actuó de manera responsable desde el punto de vista epistémico pues, dada la información que posee (o que puede esperarse de manera razonable que posea), estaba operando dentro de un nivel de escrutinio apropiado. En una situación de tipo Gettier, poseemos una pieza de información que nos permite reconocer algo que no puede esperarse razonablemente que *S* reconozca, a saber: que se requiere un nivel de escrutinio más elevado, y que en este nivel de escrutinio más elevado, sus fundamentos no son suficientemente fuertes para establecer la verdad de lo que él afirma conocer.

Una vez que hemos dejado esto fuera de combate, podemos volver al cogollo de los comentarios de Villanueva. En gran medida, Villanueva no se preocupa de mi tratamiento de los problemas de Gettier sino que se concentra en lo que digo sobre el escepticismo radical. Mi posición, como la describe correctamente Villanueva, es que la empresa tradicional de la epistemología destruye el conocimiento al no colocar límites al rango de posibles abrogadores que considera, de modo que obtenemos como resultado que el nivel de escrutinio se torna tan alto que ya no somos capaces de darle respuesta. Mi preocupación principal era mostrar cómo el escepticismo crece de manera efectiva a partir de la empresa epistemológica. He dicho relativamente poco respecto de lo que se debería hacer sobre este asunto, pues pienso que la respuesta es obvia: dejar de hacer epistemología, al menos del modo tradicional e irrestricto. Hay muchísimas cosas que hacer sin meterse en el embrollo de los problemas que conciernen a las dudas escépticas radicales, un punto de vista del que, dicho sea de paso, Quine ha sido uno de los campeones.

Villanueva sugiere que “esto parece ser el consejo de la desesperanza”. Observa que no he presentado “un argumento demostrativo en contra del escéptico radical” [Villanueva (2000), p. 100]. Y esto es ciertamente verdad. He seguido una estrategia completamente distinta: he intentado exponer el mecanismo conceptual que le lleva a uno a la duda radical si se persigue el conocimiento de una manera determinada (irrestricta, hiperbólica). Villanueva mantiene la esperanza de que “puede haber una forma teórica que muestre que esas dudas hiperbólicas son erróneas al igual que la multiplicación de contextos que demandan un escrutinio crecientemente exigente” [Villanueva (2000), p. 101]. Desde luego, no hay manera de prohibir tales posibilidades abstractas, pero las perspectivas no son buenas si tengo razón en mantener que la empresa misma de la epistemología es la fuente de la duda hiperbólica. Para decirlo con una variante de una sutileza de Wittgenstein que es, ella misma, una variante de un *bon mot* de Karl Kraus: “la epistemología es la enfermedad para la que debería ser la cura”.

A pesar de todo, estoy de acuerdo con Villanueva en que “debemos continuar [buscando] [...] un argumento demostrativo contra el escéptico radical y al mismo tiempo continuar con nuestras tareas epistemológicas” [Villanueva (2000), p. 101]. En palabras de Hume: “Un verdadero escéptico deberá desconfiar tanto de sus dudas como de sus convicciones filosóficas”.

Dartmouth College
Department of Philosophy
6035 Thornton Hall, Hannover, NH 03755-3592, USA
E-mail: Robert.J.Fogelin@Dartmouth.EDU

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FOGELIN, R. (1994), *Pyrrhonian Reflections on Knowledge and Justification*, Nueva York, Oxford University Press.
- ROSENBERG, J. (2000), “Comentarios sobre ‘Contextualismo y externismo’ de Robert Fogelin”, *Teorema*, vol. XIX/3, pp. 71-9.
- VALDÉS VILLANUEVA, L. M. (2000), “Contextualismo y niveles de escrutinio”, *Teorema*, vol. XIX/3, pp. 97-102.
- VILLANUEVA, E. (2000), “¿Qué tiene que ver el contextualismo con el escepticismo?”, *Teorema*, vol. XIX/3, pp. 97-102.